

rado de la fuerza. Es decir, en ciertos aspectos, el imperialismo se impone por fuerza bruta. En otros casos, en cambio, su manera es suave. Y si la lógica algo vale, claro está que cuando de la fuerza bruta se trata, oponerse es cosa más difícil. Pero cuando de suaves maneras se trata, con mantenerse alerta y enteros, con no engañarse ni dejarse engañar, no hay modo de perder. Lo que, desde luego, no es así como así. A veces parece que los pueblos, como las mujeres, invitan al engaño; y el engañador no es en todos los casos el mayor culpable, y tal vez ni culpable siquiera.

Así, si hay algo funesto para Costa Rica en los contratos bananeros recientemente aprobados por su Congreso, no hay que culpar a la United Fruit Company. La mayoría de los miembros de ese Congreso vehementemente defendieron esos contratos. Si queja alguna tiene el pueblo de Costa Rica, lo lógico sería que llamara a cuentas a sus representantes, a aquellos a quienes ha confiado el cuidado de sus intereses. Quienes han indagado a este respecto no han podido encontrar vestigio de sanción alguna popular contra esos representantes. Todo lo contrario, siguen, campantes, manejando los asuntos públicos de su cargo, y parecen poder seguir haciéndolo indefinidamente. Bolívar está muerto. Tiene un siglo de estar muerto. Parece que tuviera más.

Decir eso no es agradable. Oírlo tampoco será agradable. Pero hay que decirlo. De muy buena fe, y con harta razón superior, se pide al pueblo

norteamericano que vele porque el capitalismo suyo que va a la América Latina obre con justicia. Esa petición a ratos se hace clamor. Y habemos en los Estados Unidos quienes de todo corazón deseamos que no en vano se nos llame a echar nuestro cuarto a espadas por la Justicia. Pero se nos enfría el entusiasmo cuando se nos quiere convertir en Divina Providencia, cosa que aunque quisiéramos, no podríamos ser jamás. Aquí lucharemos en la medida de nuestras fuerzas porque nuestro gobierno no apoye con su poderío militar ni con sus otros poderíos injusticia ninguna contra los pueblos de Hispano América. Pero cuando se trata de contratos cuya efectividad depende no de la fuerza de bayonetas nuestras, ni de presión de nuestros diplomáticos, sino que de la aprobación de la mayoría de un Congreso como el de Costa Rica, tenemos más que derecho a decirles a los costarricenses: "All right, friends, ¿y ustedes qué hacen por la Justicia? Con sus congresales entiéndanse ustedes. De las debilidades de ellos y de sus torpezas, no culpen al Coloso del Norte, al Pulpo Yanqui. ¡Revivan a Bolívar!"

Y, a propósito, en la Nicaragua del apuesto Moncada, ¿cómo se irá a conmemorar la muerte del Libertador? En la otra Nicaragua, la del héroe Sandino, allí no hay muerte que conmemorar; porque allí Bolívar está vivo. Que triunfe es el deseo de los amigos norteamericanos de Hispano América.

Rebecca Kaye

The Civic Club, 18 East 1th St.,
Nueva York, Noviembre de 1930.

El libro y su lectura

(Viene de la página primera).

generar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Cincuenta bibliotecas, desde Quilmes hasta Humahuaca, han nacido ya bajo los auspicios de la Ley Nacional, demostrando que no es pérdida entre nosotros la invocación que se hace a los sentimientos generosos.

Difundamos su conocimiento, hagámonos sus ejecutores y sus agentes; y el llamamiento permanente consignado en la ley, y la cooperación ofrecida a los que quieran promover el adelanto intelectual de su país por la difusión de buenos libros, determinarán una nueva dirección a la caridad pública, haciendo brotar ese raudal de la beneficencia y del patriotismo, que en la Unión Americana dota los establecimientos de enseñanza, funda bibliotecas populares y derrama a millones páginas impresas, para que se dispersen por su pueblo y por el mundo, como nuncios de la verdad que pertenece a todos los hombres!

¿Por qué no se suscitarán también entre nosotros esas asociaciones, que apellidándose con el nombre glorioso de Franklin,

han creado las librerías de distrito en los Estados Unidos, y que hoy se propagan rápidamente por la Francia!

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del morimiento universal y puede decir como el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos,

que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

Rioja ha podido decir así, con simplicidad tocante:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño leve
que no perturben deudas ni pesares.

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma; y Montesquieu ha escrito en sus Pensamientos que jamás tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de lectura.

He ahí un hombre al que la inteligencia ha hecho grande entre los hombres de su época o de su siglo. ¿Qué ha pensado sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, eternos problemas que yo no puedo sondear, porque mi espíritu se halla inculto y mis horas pertenecen al trabajo material? La Biblioteca de la aldea contiene sus libros; y no habrán pasado las veladas largas de este invierno sin que yo sepa lo que San Agustín meditó sobre Dios, lo que Pascal discurrió sobre el hombre y lo que Humboldt enseña sobre las leyes que rigen el universo visible.

El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino a través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo sustraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

Nicolás Avellaneda

Buenos Aires, 1870.